



Ricardo Rojas y la Historia

A los cincuenta años de su muerte

DAISY RÍPODAS ARDANAZ¹

ES LUGAR POR DEMÁS COMÚN que Ricardo Rojas se consagra desde sus años juveniles a crear condiciones favorables para la vivificación de la conciencia nacional, asfixiada por el cosmopolitismo alienante traído por la inmigración masiva. Importa, de todos modos, recordarlo ya que, desde el comienzo de esta prolongada brega patriótica, Don Ricardo se topa con la Historia.

Este encuentro feliz tiene lugar en cuanto, desarrollándose la nacionalidad dentro de un espacio y a lo largo de un tiempo, la conciencia de ella ha de estar adherida a un territorio y nutrida de una tradición continua, accesible en profundidad gracias a la Historia. Es, pues, necesario, para Rojas, vivir de una manera histórica, en familiaridad con la Historia, reviviendo el pasado en el recuerdo y anticipando el futuro en un ideal colectivo.

¹ Universidad del Salvador. Academia Nacional de la Historia.

Este vivir históricamente va creando lo que llama “civilización”, a cuyo estudio en el ámbito patrio se aplica en cuanto medio por excelencia para vitalizar la amortecida conciencia nacional, objeto de sus desvelos. Consiguientemente, se interesa en la Historia del idioma, de las letras, del arte, de la filosofía y de las ideas, como así también en la sociedad sustentadora de tales manifestaciones, sin olvidar las circunstancias políticas y económicas que constituyen el marco, propicio o adverso, de esa civilización.

El Rojas historiador –o, por decirlo con justeza, el Rojas que se relaciona con la Historia– ofrece dos fisonomías distintas según aquellas de sus obras que se consideren y, aun a veces, según los pasajes que, dentro de una misma obra, se tomen en cuenta: en un extremo, se sitúa el esmerado ordenador y paleógrafo del archivo capitular de Jujuy; en el otro, el vate inspirado, intérprete del numen de la argentinidad.

A poco que se transite por sus escritos, el propio Don Ricardo da la clave de ésa, su dualidad. Cree que en la consideración del pasado se dan dos niveles: el de la investigación minuciosa y paciente, y el de la síntesis amplia y brillante. Y, en sus obras, suele instalarse sucesivamente en ambos. “Todo el argumento de este libro –asegura en fecha temprana– pertenece a la Historia. No hay uno solo de sus ‘hechos’ que no haya sido escrupulosamente comprobado por mí con los mejores documentos de nuestros archivos y según los métodos más seguros de la Historia científica.” Pero, una vez científicamente cerciorado de la firmeza de las noticias reunidas, las agrupa y expone de una manera personal, con sus implicaciones filosóficas y estéticas, y, llegado el caso, imagina tan vivamente los hechos que alcanza “a ‘verlos’ como si fuesen realidad actual, y a ‘sentirlos’ como si fuese [...] un contemporáneo”.

He aquí, durante el bienio 1916-1917, definida su posición en *La argentinidad* y en *Los gauchescos*. Veamos cómo la palabra encarna en las obras.

Rojas es, ya en 1909, el artesano que desea contar con los materiales para su trabajo. En *La restauración nacionalista* da la voz de alarma frente a la indiferencia oficial en materia de conservación de fuentes históricas –requisito *sine qua non* para el cultivo de la Historia– y señala la urgencia de una ley destinada a preservar viejos edificios y papeles.

Puesto a acopiar informaciones –o, en otras palabras, en plena etapa heurística–, Don Ricardo trabaja con método, voluntad y paciencia. Descontadas la cronología y la geografía omnipresentes, aprovecha lo que puedan dar de sí la arqueología o el folklore, testimonio del alma nacional, y se impone con fervor de neófito de los secretos de la diplomática, estudia un quindenio atrás por el profesor Giry en cuanto labor técnica que “organiza, cataloga, publica y apostilla los documentos para servir de fuentes a los historiadores futuros”. Y, por encima del manejo eficaz de los saberes instrumentales, Don Ricardo trabaja gozoso: gozo de vieja estirpe de investigadores –que no otra cosa fueron los conquistadores hispanos en pos de los arcanos de América– revela el relato de su aventura en el Archivo de Jujuy, adonde confiesa haber penetrado “con la emoción de un viajero en una selva virgen”, en “andanza penosa, pero dramatizada por la emoción de lo imprevisto”.

Consecuente con su aserto de que “no basta conocer los documentos: es menester interpretarlos”, Rojas se conforma a veces con el sentido habitualmente asignado a ciertos datos, y otras, les atribuye uno nuevo. En esta etapa hermenéutica se mueve tanto en el plano individual como en el colectivo. En el primero, gusta del buceo psicológico –testigos, su San Martín de *El santo de la espada* y su Sarmiento de *El profeta de la Pampa*–, buceo en el que concede buena parte a cuanto diga con la intuición de los personajes. En el plano colectivo, tiende a señalar fuerzas telúricas y anímicas, y ritmos históricos de distinto signo.

Entre estas premisas interpretativas, es notoria una influida por la trilogía de Taine si bien no ajustada mecánicamente a ella, como que Rojas la convierte en una fuerza única, eje de la vida argentina, que va desde la tierra hasta la cultura, pasando por el pueblo y la tradición: la tierra –sostiene– plasma al pueblo en el espacio; el pueblo realiza en el tiempo una tradición, la cual, a su turno, crea una cultura –obviamente nacional– en el espíritu. Cada una de estas entidades le merece una esclarecedora consideración. A través de la emoción territorial, el *suelo* suscita un parentesco espiritual entre los indígenas y los hombres de raigambre europea: el cuasi mágico poder que le atribuye se insinúa en el “*Laus terrae*” con que, en remplazo del socorrido “*Laus Deo*”, cierra Rojas su *Blasón de Plata*. El pueblo,

por lo atinente a razas, se compone de indígenas, de españoles y de mestizos, esas criaturas nuevas, alianza de sangres del conquistador y de las indias. Coherentemente, la *tradición* y la *cultura* son en buena medida mestizas pues, si bien los foráneos propenden a la hispanización de los naturales, éstos, a su vez, indianizan siquiera parcialmente a aquéllos.

En esa mutua entrega, las indígenas transmitieron las “primordiales virtudes del genio indiano”, y los españoles, en cuanto portadores de “el verbo y el credo de una civilización más extensa y más alta”, interrumpieron bruscamente la prehistoria autóctona cuando vinieron –en palabras de Rojas– “no a demoler nuestro pasado sino a abreviarnos el plazo del porvenir”.

Los elementos aborígenes y foráneos vigentes en el seno de nuestra cultura constituyen respectivamente el meollo del “indianismo” y del “exotismo”, corrientes que, a lo largo de nuestra historia, se muestran, ora acordes, ora divergentes, ora en abierta pugna.

Tanto significa para Rojas el fenómeno de la conjunción de lo indígena y lo español que le da un nombre para mejor individualizarlo: *Eurindia*. Y, dentro de ésta, su ínsula étnico-cultural, Don Ricardo envuelve a personas, sucesos e ideas en el manto cálido de su comprensión: desde una óptica exenta de pasiones políticas y a través de la lente de una buena información histórica, se muestra hispanófilo respecto de los españoles, proscritos por pasión revolucionaria, e indiófilo respecto de los naturales, proscritos por prejuicio europeísta. Si el indianismo –observa– es ingrediente insustituible de la cultura nacional, el exotismo lo es del crecimiento político. Y, a guisa de coronamiento de esta filosofía *sui generis* sobre el desarrollo de Eurindia, aparece el doble recurso a la Providencia cristiana y a “nuestro padre el Sol”, actitud sincrética propia de quien declara contemplar el pasado “con visión religiosa”.

Hasta aquí el enfoque historiosófico, denominación que de seguro habría preferido Don Ricardo para su filosofía especulativa de la Historia. En cuanto a la filosofía crítica de la Historia que, junto con la especulativa, contribuye a formar el cañamazo interpretativo, se traduce en ideas y realizaciones más significativas que sistemáticas.

Navegando en aguas de esa filosofía crítica, Rojas procura poner al alcance de los demás los elementos para la comprensión del pasado. De allí que, en las noticias preliminares de los volúmenes de la *Biblioteca Argentina* que proyectó y dirigió, se preocupe por consignar datos y observaciones sobre épocas y escritores, a fin de iluminar las obras desde adentro, con el espíritu de sus autores, y de ubicarlas “en su país y en el momento en que fueron escritas”, único medio de que los lectores comunes puedan valorarlas cabalmente.

El concepto de estructura que preside los recaudos adoptados para la presentación de esos clásicos argentinos es el mismo que, en teoría, informa el aserto de que “una literatura nacional no puede prescindir de la historia externa del pueblo a que esa literatura pertenece”, y el mismo que, para poner a prueba “la solidez del sistema” que ha construido, lo lleva, en la práctica, a averiguar si puede recibir en su seno y articular sin problemas nuevos elementos.

Rojas sabe que esas estructuras históricas pueden ser contempladas desde distintas perspectivas, desde las cuales se obtienen imágenes también distintas –si bien complementarias– del pasado: un hecho de historia de América cambia, mirado desde Europa –señala– y, recíprocamente, cambia un hecho europeo contemplado desde América. Y, dentro de otra estructura menor, sucede lo mismo con los hechos de la historia argentina, que pueden observarse ya desde la perspectiva porteña, ya desde la de las diversas provincias.

Mas la consideración del pasado en su más alto nivel no se agota para Rojas en la filosofía: es también una obra de arte. Superada la “muralla de intelectualismo”, evoca plásticamente los hechos pretéritos y restituye a los personajes la plenitud vital, de suerte que sus avatares –se trate de San Martín o de la vida y obra de los estudiados en *Los coloniales*– pueden presentarse en jornadas, ritmo teatral escogido por el historiador-dramaturgo para un ordenamiento de la realidad encaminado a posibilitar su comprensión. Y aun compara a algún biografiado, como Sarmiento, con “un actor que ha representado múltiples papeles bajo sucesivas máscaras”. A menudo, en esta visión de artista, el pasado se torna legendario; la epopeya y la Historia se confunden; y, al amor de mitos y misterios ubicuos, Clío

vuelve al Parnaso, de donde había sido arrancada por la moderna ciencia histórica.

No es empresa sencilla valorar todo lo que ha hecho Rojas, en la teoría y en la praxis, en pro de un mejor conocimiento y comprensión de nuestro pasado.

Al lado de afirmaciones de raíz positivista que han envejecido, como la de que la Historia no puede ser ciencia porque sus hechos no son susceptibles de comprobación objetiva ni se prestan a la formulación de leyes; al lado de la Historia-resurrección a lo Michelet, que hoy no nos satisface, o de ciertas conclusiones opinables propias de toda filosofía especulativa de la Historia, ofrece, amén de mucha información sólida, enfoques metodológicos y criterios de interpretación tan fecundos como válidos para el tratamiento de la Historia argentina. No poco de lo que en sus páginas era novedoso forma hoy parte del abecé de los historiadores.

Como base heurística, el reclamo de protección del patrimonio histórico, que habría de tener un comienzo de ejecución al cabo de tres décadas. Como método, la configuración de estructuras, pasibles de ser contempladas desde diversas perspectivas. Como aspiración permanente, la comprensión del pasado, que en lo temático lo inclina a una Historia totalizadora, apoyada en disciplinas de todo tipo. Y, dentro de esa riqueza temática, un lugar preferente para los fenómenos de aculturación, con el requisito previo de un buen conocimiento así de las culturas indígenas precolombinas como de la española a partir de los Trastámaras.

¿Es de cepa romántica este deseo de comprender el pasado en su totalidad? ¿O acaso se trata de un eco de las ideas que había empezado a exponer Dilthey por los días en que Rojas vino al mundo, unido a un anticipo de "l'histoire à part entière" a lo Lucien Febvre? Quizá no tenga demasiado sentido plantearse estos interrogantes, por cuanto en esta esfera las ideas de Rojas no se articulan en un esquema rígido -y, por ende, fácilmente filiable-; forman así un haz heterogéneo de recursos -fruto de lecturas o de hallazgos personales- de que va echando mano a medida que las cuestiones consideradas lo van requiriendo.

Para completar nuestra visión de Ricardo Rojas en su relación con la Historia interesaría saber qué imagen se formaba él mismo de esa relación. Dado que la personalidad del buen retratista suele asomar en la del retratado, parece aceptable el intento de vislumbrar dicha imagen a través de las expresiones de que el propio Rojas se sirvió cuando, en 1924, hizo el elogio póstumo de Joaquín V. González. Fue historiador –aseguró entonces– porque “sentía la tradición no como un fetichismo del pasado muerto sino como lo fecundo que del pasado sobrevive”; porque “utilizó la tradición popular, antes poco explotada”; porque “meditó constantemente sobre los testimonios del pasado” al punto de que “pertenece a la Historia casi toda la sustancia en que modeló su pensamiento”, de que acostumbró “considerar sus temas en perspectiva histórica” e hizo que la Historia fuera en sus escritos “la atmósfera de sus ideas”. Fue historiador, en fin, porque, como “poeta de la Historia argentina [...], entra en los campos de la leyenda”, donde se suma emocionalmente a indios y a colonizadores españoles, y, como “filósofo del pasado [...], busca en la Historia explicaciones del presente y fuerzas morales para la creación del porvenir”.

La imagen que da Rojas de Joaquín V. González historiador coincide en buena parte con la suya propia, tal como fluye de sus obras. Tal imagen ayuda a comprender la relación que efectivamente tuvo con la Historia quien reconoció alguna vez no saber si ciertos escritos suyos eran de moral, de historia o de política. Sin duda, la Historia constituyó el fundamento, o al menos el trasfondo, de la inmensa mayoría de ellos. *é*

Cronología de las obras mencionadas

- 1909. *La restauración nacionalista. Informe sobre educación.*
- 1910. *Blasón de plata* (*La Nación*, número extraordinario del Centenario, pp. 134-143). A partir de la 2ª edic. aum. (1912), lleva el subtítulo de *Meditaciones y evocaciones sobre el abolengo de los argentinos.*

1913. "Los archivos de provincia", en *Archivo capitular de Jujuy*, t. 1, pp. VII-LXXXI.
- 1915-1928. "Noticias preliminares" a *Biblioteca Argentina*, 29 vols.
1916. *La argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de emancipación americana 1810-1816*.
- 1917-1918. *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, t. 1: *Los gauchescos*; t. II: *Los coloniales*.
1924. *Eurindia. Ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas*.
1924. *Elogio del doctor Joaquín V. González*. (*Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, t. 1, pp. 11-21).
1933. *El santo de la espada. Vida de San Martín*.
1945. *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*.

Nota: En todos los casos el lugar de edición es Buenos Aires.